

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECARGO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 30.
PROVINCIAS:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

ENTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.
AMERICA:—Seis meses 38 reales y año 70.
FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

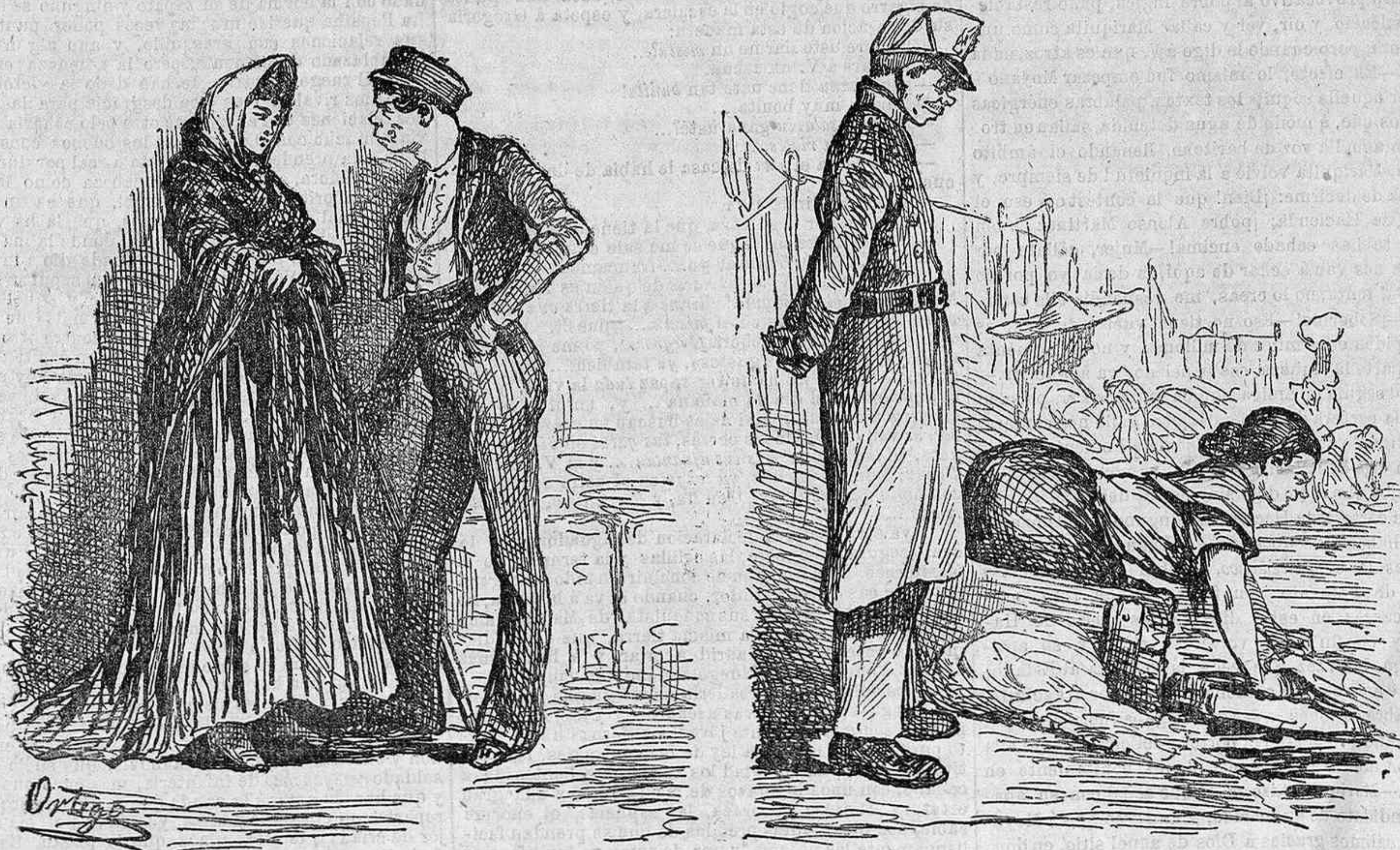
MARIQUITA ENTRE ELLOS.

Señor Director de EL CASCABEL: Muy señor mio y de todo mi afecto: aunque no tengo el gusto de conocer á V. sino para servirle, que lo haré con buena voluntad y fino afecto (perdone V. que se me hayan escapado ya dos afectos), voy á permitirle confiarle á V. bajo la más profunda reserva, el lance que me ha pasado antes de ayer en el Congreso de los Diputados por haber condescendido en llevar á la función del día (perdone V., he querido decir sesión) á mi amiga Mariquita Camison, que con esta maldita facilidad que en ir y venir proporciona el tren, se me ha encajado desde un pueblo de Castilla, para comerme un lado, hacerme mal tercio con mi novio, albéitar de primera clase, para lo que el ministerio guste mandar, y sobre todo, para llevarme y traerme por esas calles de Dios viéndolo todo y mareándome con sus interminables preguntas.—Y esto, señor Director, por

haber estado yo en la fiesta de su pueblo, que fué un mamarracho.—Pues volviendo á mi asunto, figúrese V. que mi amiga Mariquita está casada con un elector de los que hacen diputados allí en su pueblo, y su marido, no sé por qué, no quería botar el año pasado (no sé si votar tratándose de elecciones debe escribirse con b, ó con v; por si acaso, ahí van las dos, y V. elija) pues como decía, esta elección del candidato de sumarido parece ser que ha producido algún disgusto entre ellos; lo cierto es que él, su marido, ha quedado escamado allá en su pueblo, según me ha dicho ella, y que Mariquita se me ha venido encima como nube de verano.—Hasta aquí lo menos malo; pero lo terrible, amigo mio (perdone V. la confianza), es que mi á amigueta Camison la ha entrado no se cómo la política en el cuerpo, y no sabe hablar más que de la cosa pública; así es que desde el momento en que llegó en el tren correo, tan solo piensa en ver á los diputados reunidos en el circo del Congreso, como ella dice, y en fin, envió á pedir al suyo, es decir, al

elegido por su marido, una papeleta para tribuna reservada, y quieras que no quieras se empeñó en que habíamos de ir ántes de ayer á la sesión de la una; y por más que yo la manifesté que haría mucho calor, y que además no entendíamos de las cosas que entre los diputados pasan, mi amiga, que es muy terca, como buenapaleta, se aferró en llevarme, y al fin fuimos. ¡Qué sofocos pasé, querido mio! (perdone V. esta confianza) en primer lugar, Mariquita tenía un desasosiego increíble, sobre todo de: de que vió entrar en el salón al candidato de su marido; yo le pregunté, por supuesto por lo bajo, si tenía pulgas, que ya las hay, como V. sabrá, á fin de que se rascara disimuladamente con el abanico; pero, ¡cál nó, señor, no era esto, según me dijo después; así es que con su charlar y hormiguillo, me tuvo frita, y sobre todo, á un pobre señor extranjero, alto, seco y con patillas rubias, que estaba á su lado.—Figúrese V. que no bien entró, le dijo: Perdone V., caballero, ¿podrá V. decirme quién habla hoy el primero?—Mi estar *inglis*:

LOS ENAMORADOS.



Luego volvió otra vez á importunar al pobre señor extranjero con estas preguntas: ¿Se tratará hoy de los capones ingleses?—*Inglis no estar capones...*— cupones sí, *veinticinco por ciento*, contestó el pobre hombre.—Y dígame V., caballero, continuó Mariquita, ¿se opondrán VV. al bombardeo de Valparaiso? Pues nos veremos, porque en las llanuras de la Mancha, y con solo echar un puente á su canal de V., solo Palillos con su partida es capaz de ponerles á VV. las peras á cuarto.—*Inglis no querer peras á cuarto.*

En fin, tanto me incomodé, que tirándola del vestido con cierta energía, la dije:—Pero mujer, que en todas partes te has de querer *secularizar*? Deja á ese señor, y cállate un poco.—*Güeno*, me contestó, no quiero molestar á *naiide*.—Por fortuna para mí y el pobre inglés, entró en el salón el Presidente (que por cierto le hallo algo más quebrado de color), y tras él gran número de diputados; pero que si quieres: lo mismo fué Mariquita ver entrar á Moyano en el salón, dió un salto y un pisotón al pobre inglés, que exclamó por lo bajo, así algo parecido á Colcreem, y cogiéndome del brazo, me dijo:—Mirale, allí está un conocido mío; ¿le ves? ese que entra, algo moreno, con bigote y guantes *moraos*, es Moyano.—Vaya si le conozco bien, como que estuvo mucho tiempo en Valladolid, y fué capitán de la Milicia, y echaba unas arengas ciceronianas á los estudiantes y demás milicianos de su compañía—Todavía le estoy viendo en un día de alarma por acercarse los facciosos, salir con sumagnífico chaco y su toga, digo nó, esto era en la cátedra, y luego ¿quién lo había de decir?... Llegó á ministro dos ó tres veces, y ahora dicen que lo será de Hacienda.... Pues anda, que si habla, bonito va á poner al Gobierno; para eso tiene un aquel.... Se abre la sesión, dijo el Presidente: ¡ay! Dios se lo pague, porque ya nos estaban mandando callar, ó por mejor decir, á mi amiguita Camison, las gentes de alrededor.—Conque por fin calló un rato; pero si es atroz, querrá V. creer que á los dos minutos volvió con el pobre inglés, con quien se encaró diciendo: ¿Cree V., *cabayero* extranjero, que la guerra será general? VV., ¿á dónde se tirarán, á la Rusia ó á la Francia?—Mí no entender guerras: *inglisch* no tirar más que cupones á veinticinco por ciento. Mí venir *España* á cupones. V. estar picotera—V. es un grosero, un inucente, *naturase vistó el tib...*—Mí estar solo, no *er* tio, solo primo.—¿Y á mí qué me importa? continuó mi amiga imprudente, lo que digo y repito, que es V. un grosero, y no sabe con quién habla; ¡vaya el franchute!—*Mí estar inglisch*, no franchute.... Así estaban enzarzados mi amiga y el pobre inglés, cuando al ruido ya notable, vino el portero y nos amonestó de echarnos á la calle si no se guardaba silencio.

Yo estaba corrida de vergüenza, como una mona, y más roja que un tomate, y gracias que me alojé las ballenas del corsé (afortunadamente atacado por delante, porque eso de estar tirando de la trenilla una hora por detrás, no es para mi genio), y pude dar algunos suspiros, que si no revienta.—Por fin, aunque retorciendo el hocico, y abanicándose mi amiga Camison y mirando con un aire provocativo al pobre inglés, pudo restablecerse el silencio, y oír, ver y callar Mariquita como una media hora; pero cuando le digo á V. que es atroz, nada exagero.—En efecto, lo mismo fué empezar Moyano á echar por aquella boquita los textos, palabras enérgicas y números que, á modo de aqua detenida, salían en tropel, y con aquella voz de baritono, llenando el ámbito del salón, Mariquita volvió á la inquietud de siempre, y no cesaba de decirme: ¡Bien! que le conteste á eso el ministro de Hacienda: ¡pobre Alonso Martínez, buen enemigo te has echado encima!—Mujer, cállate por Dios, que nos van á echar de aquí, la decía yo por lo bajo.—¡Cá! tonta, no lo creas, me respondía ella continuando.—¡Soberbio!—Eso no tiene vuelta de hoja, es claro; si piden esos miles de millones, y no se aumenta por otra parte la riqueza, ese papel nos va á ahogar.—¡Qué pico! seguía mi amiga, ¡quien te diera á tí, paisano querido, la cartera de Hacienda, ¡otro gallo nos cantara, y si nó, díganlo tus atos de ministro de Fomento! ¡cómo pusiste la cria caballar! Y además, vamos á ver, ¿quién puede mejor que él (lo digo sin pasión) desempeñar hoy por hoy la cartera de Hacienda? Ninguno, porque además de haber sido abogado en Valladolid, y en todas partes lo es, *catredático*, capitán de la milicia y ministro de Fomento con fama, se ha roto mucho los cascotes en estos días con las cosas de Hacienda, y en fin, con volver á pedir á su antiguo amigo Narvaez que ceda la fosforita al Estado, salimos de apuros y se chinchará V., señor *franchute*, que no habrá capones....—Aquí llegaba fuera de sí mi amiga, cuando se acercó el portero del circo, como ella dice, y con mucha política nos plantó bonitamente en la puerta.—Mariquita hizo no sé qué señal con su abanico al candidato de su marido, y aun creo que á Moyano, y nos salimos gracias á Dios de aquel sitio, en don-

de si sigo un poco más, revienta, porque después de hablar Moyano en contra del Gobierno, hablaba otro señor defendiéndole, y francamente, yo creo que ni Moyano salvaría al país siendo ministro de Hacienda, ni es cosa agradable oír defender á un Gobierno que no tiene defensa.

Yo no entiendo de política, pero me parece que si Alonso Martínez, que es abogado, no tiene motivos para entender de Hacienda, Moyano tiene, para entender de eso, los mismos motivos que el otro. En resumidas cuentas, que yo creo que es muy fácil hablar, pero muy difícil hacer. Así hablan tanto Moyano y Alonso Martínez, y en cuanto á hacer... eso ya sería harina de otro costal.

Por Dios, pida V. en su periódico que no se permita ir al Congreso á las señoras, sobre todo á las paletas, y le vivirá eternamente agradecida quien queda toda suya y se repite apasionada amiga y servidora,

Q. S. M. B.

Juana Trapitos.

LOS ENAMORADOS.

COLECCION ILUSTRADA DE FIGURAS, FIGURILLAS, FIGURINES Y FIGURONES.

CAPITULO PRIMERO.

El aguador y la fregona.—El soldado de á caballo y la niñera.—El *gaché* y la Pepa.—El *reenganchao* y la criada que va al río.

Un aguador sería un gran ministro de Hacienda; nivelaría en un momento los presupuestos, ¿qué digo nivelar?... rebajaría los gastos extraordinariamente, y aumentaría los ingresos más extraordinariamente todavía. El aguador es un hombre que no tiene necesidades, y que si las tiene prescinde de ellas ante la de ahorrar dinero. Todo el mundo necesita respirar; él puede ahorrarse ese gasto, y así vive en un cuarto donde viven con él diez, ó doce, ó veinte compañeros, y en una atmósfera en la que no se puede respirar. Otro se moriría en un tugurio semejante, y preferiría pagar más dinero y vivir con más desahogo; pero el aguador se moriría si viviera en sitio más ancho y más higiénico, y se moriría, no porque vivir en buenas condiciones de salubridad le probara mal, sino porque gastaría más dinero, y para el aguador el dinero es la vida, y la economía es la salud. Todos tenemos necesidad de amar, y el instinto de la belleza; pero el aguador economiza todo esto, y hace uso del amor, no para conquistar un corazón que responda al suyo, sino para conquistar un puchero con lo que sobra en la casa donde sirve su amor, que es una fregona que no tiene nada de ilustre.

El aguador, acostumbrado á la espesura del cuchitril donde se recoge, no repara en que la fregona es también muy *espesa*, y aunque la ve meter en los pucheros unas pecadoras manos, más súcías que pecadoras, la hace el amor, teniendo siempre en cuenta el ahorro que le ha de resultar, que al fin y al cabo, si la fregona no le diese todos los días el pucherete, no podría prescindir de gastar doce cuartos en el bodegón de la señora Manuela, como lo hacen algunos mozos de cordel, y aun algunos aguadores compañeros suyos, gastadores y disipados.

El aguador va un día, echa el agua, deja la cuba en el suelo, se pone á rascarse la cabeza, saca una punta de cigarro que cogió en la escalera, y espeta á Gregoria su declaración de esta manera:

- ¿Quiere usted darme un *mistú*?...
- Le daré á V. un *ásqua*.
- ¿Qué *manu* tiene usted tan *bunita*!
- Mucho, muy bonita....
- ¿Cuánto *salariu* gana usted?...
- Cincuenta *riales*....
- Si yo fuera el *ama* de casa le había de dar á V. cincuenta *duros*.
- Sí, por mí linda cara.
- Pur esu*, por la su cara, que la tiene usted *mu bonita*.
- ¡Jesús! Quite usted, que se me sale el *guisado*....
- Pues *siñora Gregoria*, yo.... francamente.... en *tu* das partes, puede V. *enfurmarse* de quién es *Franciscu*.. Mañana ú el otro *yu* *quieru* *darme* á la tierra *cun uno*, *dus* ú *medio*, y si V. sigue en el *mismu*.... ¡pues!... si *yu* le *digu*, *pur* *ejemplu*.... Señora *Gregoria*, yo me *partu* para la tierra, y si usted es gustosa, *yu* también.... *purque* al fin y al *cabu uno nu* ha de ser *rapaz toda* la vida, y hay que *pensar* en el día de mañana... y, en fin, es una *cumparanza*, *todus* *lus* animales buscan su *acumodo*... los *perrus* van detrás de las perras, *lus gatus* en *viendu* una gata, ni *tudus* *lus demus* *lus* *ajuntan*.... y si V. decía:—*Buenu*, señor *Franciscu*, *yu* *tengu* en el *cofre tantu*.... y con *tantu* que yo *tengu*.... en fin, y *pur último*, ya *habla-remus*....

Y ya está hecha la declaración del aguador, con lo cual asegura el puchero, las colillas y la ternura de la Maritornes. Este amor suele concluir cuando la fregona muda de casa, y el aguador, cuando se va á la tierra, no se casa con ninguna de sus conquistas de Madrid, sino con alguna doncella de la misma tierra, que á los diez meses ó antes viene á Madrid á criar y á hacer más ahorritos para llevarlos luego al domicilio conyugal.

A los soldados de caballería no les gustan las fregonas, les gustan las niñeras aseaditas y callejeras. Las niñeras son generalmente jóvenes y tiernas hasta cierto punto, y por la eterna ley de los contrastes, les cautivan el alma y la voluntad los apuestos valientes de á caballo, con unos bigotazos de media vara, y una gran estatura. El casco, la coraza, las espuelas, el enorme sable, son otras tantas prendas de que se prendan facilísimamente las niñeras, y una de estas va tan ufana al

lado de un coracero, como un escribiente al lado del ministro, su jefe.

Una niñera sale con los niños frecuentemente, y nunca falta en cualquiera de las plazuelas de Madrid un soldado de caballería que se le acerque, y para empezar á manifestar su amor, la diga, por ejemplo:

—Que se le caen los *carsones* á esa criatura, mi *arma*. Y con esto basta para entablar conversación, y decir el hijo de Marte su atrevido pensamiento, que no es otro que *hablar* con la niñera, siéndola fiel hasta el heroísmo, y acompañarla siempre que se lo permitan sus deberes de militar, que se lo permiten con mucha frecuencia. La niñera no sabe escribir; pero el soldado sabe, y cuando está fuera de Madrid, ó de guardia, ó arrestado por haber ido tarde á la lista por culpa del amor, le escribe unas cartas tan tiernas, que parece imposible puedan ser obra de un autor de tan largos bigotes y tan de pelo en pecho, y en todas partes, que en esto del pelo tiene él precisamente todo su amor propio. Ella le cose las camisas, le regala pañuelos marcados, y algún puro, y le hace otros obsequios igualmente finos. Cuando se encuentran una niñera de buena casa, que es buena mucacha, y un soldado de buenas costumbres, cuando éste cumple se casan, y el intrépido coracero se convierte en portero ó en cochero de la casa de los amos de la novia.

Pero estos casos son raros: lo común es que el militar varie de amor con mucha frecuencia, y cumpa mejor con el rey que con las niñeras que cautiva su marcial continente. Las madres entregan con harta imprudencia á sus hijos á niñeras enamoradas, que así se cuidan de ellos cuando llevan el soldado al lado como los ministros de España de dar gusto á los contribuyentes. El descuido de las niñeras suele dar lugar á la pérdida de alguno de los angelitos que se las confían, y á que los atropelle un coque, ó á que se rompan las narices y la cabeza dando alguna caída, que acaso tiene funestísimas consecuencias. Eso sí, el soldado no maltrata á los niños, los quiere y los mimas, y mejor niñoero hace siempre un asistente que una muchacha *ho gazana* y descuidada. Y en prueba de que los quiere, si lleva á la niñera á tomar horchata, pagándola ella, ó á comer buñuelos, no deja de atracar á los niños, aunque luego se les arme una indigestion que se los lleve Dios.

La niñera prefiere á la infantería la caballería, y á la caballería la artillería.

En este número tienen VV. el verdadero retrato de la Pepa y el de su *aquel*, su *gaché*, su hombre, que le llaman Frasquillo, para servir á VV., aunque creo que no les serviría más que de estorbo. La Pepa es una moza de trapío, que vive de lo que come y que tiene fama de buena moza, y aun ha sido mejor; pero tuvo una enfermedad, que nadie está libre de ellas, y se ha quedado la pobre muy desmejorada, empeñada hasta el alma, y sin más apoyo en el mundo que Frasquillo, y más le valdría no tener ninguno, porque Frasquillo le da solamente pesadumbres y malas razones, y si viene á pelo alguna que otra bofetada, para no acostumbrarla mal, como él dice, y sostener su fama de *valiente* y de matón del barrio. Frasquillo no tiene oficio conocido, aunque suele ocuparse en algo, si á mano viene, y exige de Pepa, no solamente el fino amor á que le hacen acreedor sus relevantes prendas, sino que también dinero contante y sonante, en recompensa de ser él su defensor si alguno se la abreve y de estar dispuesto á cortarle la cara á cualquiera, y á ella la primera, si algún día le hace una perrada, que se la hará seguramente.

Esta pareja no falta á los bailes del circo de Paul, y es indispensable en San Isidro y en todas las verbenas, y en ninguna de estas funciones deja de promoverse, siendo la causa ó el pretexto la Pepa, una reyerta entre Frasquillo y alguno de su misma calaña; pero Frasquillo tiene fama de valiente, porque todavía no ha dado con la horma de su zapato y ninguno se le atreve. La Pepa ha querido muchas veces poner punto final á sus relaciones con Frasquillo, y aun algunas lo ha reemplazado dignamente; pero la amenaza en ocasiones y el ruego en otras, le han dado la victoria sobre todos los rivales. Y es una desgracia para la Pepa tener relaciones con él, porque otro pelo echaría si le enviase mucho con Dios y oyese los buenos consejos que le da una preñada que le presta á real por duro al día, y la peñadora, que la pone la cabeza como la de una propia señorita, y el señor Manuel, que es un hombre muy formal, inspector de serenitos, que la ha visto nacer hace veinte años, en un portal donde la madre de la Pepa vendía naranjas y fruta, y donde dió á luz el fruto de su casamiento secreto con un sepulturero de la parroquia de la Chinche. Este padre y aquella madre murieron, y de ahí vienen todos los males de la Pepa, que se vió sola en el mundo, y no encontró otro amparo que Frasquillo. Si hubiera dado con un capitán general ó con un marqués, pongo por caso, sería hoy una gran señora; pero dió con Frasquillo, y qué ha de ser la pobre!... El es un pillo, un vago, y además bruto y mal intencionado, y ha hecho de ella una mujer de sus mismas cualidades. El porvenir de Frasquillo es que un día dará con uno ménos *valiente* que él que le deje seco de una puñalada, y el de la Pepa, el lecho de un hospital, si es que no muere también á mano airada. De este par de apuntes hubiera podido hacer la educación un menestral laborioso y útil á la sociedad, y una buena muchacha que hubiera hecho la felicidad de un hombre honrado y trabajador; pero abandonados ambos á su instinto, y en medio de los ejemplos del mundo, han venido á ser dos miembros inútiles en la sociedad, cuatro brazos ociosos.

La criada que va al río es siempre una mala criada, aunque tampoco hay mucho que escoger entre las que no van al río. El río es siempre un pretexto, —y tratándose del Manzanares es dos veces pretexto, —para pasar el día fuera de casa, sisar lo que se pueda en el jabón y en otras cosas, y ver al novio, que suele ser un soldado *reenganchao* de infantería, más cuco que bonito, y que hace el amor á la criada que va al río, porque esta reparte con él salario y sisas, y le sirve á él más y mejor de criada que á los amos que le pagan. Este soldado tiene siempre ropa limpia, pitillos, agujas, cintas

y botones, y una peseta en el bolsillo, por si hay un compromiso salir airoso.

El por su parte, da á todas las que se dejan cautivar por sus *gracias* palabra de casamiento, y si fuera á cumplir todas las que ha dado en los diez años que lleva de servicio, tendría que casarse con más de doscientas mujeres. Fuera de los actos del servicio, no se le ve solo nunca; siempre va con una criada. En el río al lado de la banca, donde su conquista, en la postura más gallarda, lava con las prendas de sus amos las del novio; en la plazuela por la mañana, con la misma criada, si no es con otra, tomando media copita y unos buñuelos, que no paga él, por supuesto; por las tardes en la esquina, con la propia ó con otra familia; y los domingos en Chamberí, un domingo con una y otro con otra, porque como las criadas salen á paseo un domingo si y otro nó, y él necesita conversacion todos los domingos, tiene que tener, por lo ménos, dos criadas á su disposición.

LA VANIDAD.

Aquí me teneis, amados lectores, entregado á un entretenimiento sumamente original.

Me propuse hace dias estudiarme á mi mismo, y ya me encuentro dispuesto á desistir de mi propósito, porque cada vez me comprendo ménos.

Yo no me he tenido nunca por curioso, creo que no lo soy en la actualidad, y espero no serlo en lo sucesivo.

Pero esto es precisamente lo que me vuelve loco.

Yo no soy curioso, y sin embargo, tengo cierta costumbre, y hasta complacencia, en observar las acciones de los demás, con el fin de penetrar ciertas cosas que no he podido nunca explicarme satisfactoriamente.

Y es indudable que en todo esto hay algo de curiosidad, por más que yo trate de persuadirme de lo contrario.

Pero vamos por partes, porque podría suceder tambien que estuviera atormentándome sin motivo.

¿Qué es curiosidad?—Deseo de saber y averiguar alguna cosa.

Así lo relata el Diccionario, y claro es que nosotros estamos en el deber de creerlo.

Sin saber por qué, empiezo á tranquilizarme.

Voy sospechando que esta manera de discurrir va á ser más pródiga en resultados que todos los estudios que yo venia haciendo sobre mí mismo.

El deseo de saber y averiguar alguna cosa, constituye la curiosidad.

Confieso que temo haber empezado á tranquilizarme demasiado pronto.

Porque la verdad es que yo siento un deseo vivísimo de conocer, de inquirir y de averiguar muchas cosas que pasan ante mi vista, causándome una profunda extrañeza.

Pero... poco á poco: acaba de ocurrirme una idea felicísima, que me permite ver el asunto con toda claridad.

Ahora sí que puedo y debo tranquilizarme.

Mi curiosidad no tiene nada de pueril: no es esa curiosidad vulgar y ridícula que acomete á muchas personas obligándolas á hacer un millon de preguntas y á tener siempre atento el oído para no perder una sola palabra de todas las conversaciones.

No es esa la curiosidad que yo siento.

Mi curiosidad es hija de la observacion.

O de otro modo:

Mi deseo de aprender alguna de las muchísimas cosas que ignoro, ha concluido por hacerme curioso.

La diferencia no puede ser más notable.

¡Gracias á Dios que he conseguido entenderme!...

¡Ojalá me fuera dado comprender de la misma manera lo que pasa en el corazón de los vanidosos!

¡La vanidad!...

He aquí lo que forma al presente el tema de todas mis observaciones.

No hay nadie que ignore que Lázaro, á la voz del Señor, salió de su tumba, dejando burlada á la muerte.

Pero no todos saben que á la voz de los hombres, y cediendo á las exigencias del mundo, la vanidad se levanta orgullosa y triunfante, pasando por encima de la modestia.

Este es el camino por donde me lleva la curiosidad.

La vanidad se extendió por todas partes sin escuchar los clamores de la modestia, que decía:

—«No lo invadas todo: dejame un rinconcillo siquiera donde pueda albergarme.»

—«Conquista el terreno que puedas, que no será mucho»— contestaba la vanidad.

Y la modestia tuvo que resignarse á girar en un reducido círculo, donde contaba con el afecto y la consideracion de algunos leales amigos.

La vanidad está á la órden del día.

El siglo necesitaba de la luz de la vanidad para penetrar en el complicado laberinto de las ideas.

Las condiciones especiales de la época presente, crearon la necesidad de discurrir.

Hoy no hay una sola persona que se crea dispensada de tener pensamientos propios y ocurrencias más ó ménos felices y peregrinas.

Hoy todos nos dirigimos al sagrado recinto de las ideas.

Hubo un tiempo, no obstante, en que la humanidad, al penetrar en la senda de los adelantos y del verdadero progreso, tuvo necesidad de detenerse, porque las tinieblas la rodeaban por todas partes y no se atrevía á caminar sin luz.

Poco despues, el espíritu moderno, viniendo á colocarse en medio de los hombres, encendió la antorcha de la vanidad.

La humanidad tenia ya todo lo que necesitaba, y siguió impertérrita su camino.

Ahora bien: ¿Dónde se oculta el placer de la vanidad?—En el corazón del hombre.

Y ¿qué es el placer de la vanidad?—Una especie de pavesa que se disipa con una ráfaga de viento.

Conveniamos en que si todos los actos del género

humano estuvieran revestidos con las humildes formas de la modestia, pasarían casi desapercibidos muchos de los grandes descubrimientos, la mayor parte de los hechos notables, y casi todas las acciones heroicas.

Pero pretender esto sería pretender un imposible.

Para los que tienen la desgracia de confundir lo verdadero con lo falso, lo sublime con lo mezquino, la luz con las tinieblas, la vanidad es un magnífico espejo en donde se retrata, hasta con sus menores detalles, todos los atractivos del orgullo.

El que no haya sido feliz en toda su vida, no conseguirá, de fijo, explicarse la felicidad de los demás, así como el vanidoso no logrará comprender nunca los encantos de la modestia.

La modestia es siempre la misma: no cambia ni por casualidad.

La vanidad, por el contrario, se transforma con una facilidad admirable.

Toma diferentes disfraces y distintas formas.

Hay momentos en que aparece llena de gravedad, y momentos en que sonríe.

Tan pronto se presenta cubierta con la máscara de la hipocresía, como se deja ver altanera y despótica.

La vanidad es el tormento y el verdugo de muchísimas personas, que viven y mueren muy á gusto, acariciadas por la estúpida inmodestia.

Por lo regular se truecan en vanidosos la mayor parte de los que, despues de haber probado durante sus primeros años el duelo mortífero de la miseria, llegan á verse favorecidos por la fortuna.

Yo creo que los vanidosos son los seres más insostenibles que se pasean por el mundo.

El exagerado amor que algunas personas se profesan á sí mismas, las perjudica hasta el punto de hacerlas odiosas.

Un hombre de talento, lleno de vanidad, es una perla arrojada en medio de un lodazal inmundo.

La vanidad, por fortuna, se aproxima poco á los hombres de verdadero talento.

Bien puede asegurarse que un gran número de las limosnas que van á parar á manos del mendigo, son entregadas en nombre de la vanidad.

La extraña luz de la vanidad alumbrá casi siempre los triunfos obtenidos por las artes ó por las ciencias.

La vanidad está en todas partes.

Cuando vino al mundo no tenía oficio conocido, y se dedicó á ofrecer sus servicios á todo el género humano.

Hay tanta solicitud en la manera con que la vanidad acude á dispensar sus atenciones á todos los que la buscan, que solo puede compararse, hasta donde es posible la comparacion, con el cariñoso afán de una madre que trata de llenar todas las necesidades de sus hijos.

La vanidad procura colocarse al lado del ministro, del orador y del diplomático, sin olvidar tampoco al poeta, al banquero, al artista y á otros muchos que sería prolijo enumerar.

En algunas ocasiones recibe más de cuatro designaciones; pero no se desanima por eso, porque donde hay desaires, hay tambien aplausos, y tratándose de la vanidad, los segundos siempre figuran en mayor número que los primeros.

Si un hombre extremadamente vanidoso tuviera la suerte de saborear las dulzuras de la modestia, exclamaría, avergonzándose de sí mismo: —«¿Por qué no habia de volver á nacer para ser completamente distinto de como he sido toda mi vida?»

Esto diría el vanidoso; pero los vanidosos ignoran por completo el valor que tiene la modestia.

Un hombre modesto es tenido generalmente por un hombre tonto.

La modestia no puede presentarse en ciertos círculos.

La osadía y la farsa van invadiéndolo todo.

Hoy solo viven los charlatanes.

Una persona llena de atrevimiento y de inmodestia, llega, si se empeña, á encaramarse en la cumbre de la fortuna.

Un hombre modesto, verdaderamente modesto, por mucho talento que tenga, estará siempre muy expuesto á morir de hambre.

Son muy pocos los que se consideran en el deber de hacer justicia al mérito, por relevante que sea, del hombre que no conoce la vanidad.

Esta es una verdad que no admite réplica.

Yo tengo un amigo que es la modestia misma.

Este amigo, á quien quiero mucho, porque es digno de que se le quiera, está dedicado desde sus primeros años al divino arte de la música: es profesor de piano.

Mi amigo no es una notabilidad, pero está en camino de serlo, con permiso, por supuesto, de su excesiva modestia.

¿Cuántos y cuántos de los que pueblan esta inmensa Babilonia que se llama mundo, pasarían por verdaderas notabilidades si contaran con la habilidad y el mérito de mi amigo!

Porque habeis de saber, queridos lectores, que mi amigo interpreta con la misma facilidad y precision la música filosófica y profunda de Beethoven ó de Meyerbeer, que la espiritual y delicadísima de Bellini ó de Donizetti.

Con el mismo acierto, y excitando siempre la admiracion de cuantos le escuchan, ejecuta la magistral y grandiosa sinfonia del *Guillermo*, que unas dulcísimas variaciones de Mozart, ó una melodiosa y sentimental fantasía de Herz.

Y sin embargo, mi amigo no tiene vanidad, y estoy seguro de que su nombre será desconocido para la mayor parte de mis lectores.

Pero yo creo que todos estamos en el deber de hacer algo por la verdadera modestia, y por lo mismo me permitiré decir que mi amigo se llama Pablo de Miguel Perlado, y que, bajo tan oscuro nombre, se oculta un muchacho lleno de inspiracion y de sentimiento.

Es una de esas personas que no saben *crearse atmósfera*, que no *saben vivir* en este siglo, en que es tan fácil sobresalir y brillar.

Creo firmemente que si el artista de que me ocupo llegá á leer estas líneas, se ruborizará como una muchacha de quince años al escuchar la primera palabra de amor.

Mas no hay que extrañarlo, porque todo ello es efecto de que mi querido amigo Pablo tiene tanto talento como modestia: modestia que le hace feliz, por más que no sea plenamente apreciada y suficientemente comprendida.

Pero dejemos á los modestos, y volvamos á los vanidosos.

Es tan difícil que un hombre dado á las vanidades del mundo consiga acomodarse á los goces tranquilos de la modestia, como el que un hombre modesto llegue á penetrar voluntariamente en el campo de la vanidad.

¿Os habeis detenido alguna vez, lectores míos, á considerar todo lo que tiene de ridícula y de repugnante una mujer vanidosa?

¿Podeis explicaros la vanidad de la mujer coqueta, que consiste en rodearse de adoradores, sin sentir por ninguno de ellos el más pequeño interés ni la más ligera simpatía?

¿Comprendéis el placer y la vanidad de la mujer que *estrena* un amante cada quince dias, y se exhibe con él en público, sin reparar en lo triste del papel que desempeña?

¿No os dá lástima de la mujer que encuentra la vanidad en el espejo, ó en el vacío de su insensible corazón, y concluye por hacer ella misma su retrato despues de ponerse en completo ridículo?

Dios creó á la mujer modesta y sencilla, y la que por su culpa se despoja de tan preciosas cualidades, renuncia á la mejor parte de sus atractivos.

La vanidad solo puede albergarse en las almas pequeñas.

Hablad de toda clase de vanidades á los que se explican y tienen como cosa corriente las miserias en que se agita la humanidad, pero no pronuncieis una sola palabra delante de los que comprenden la belleza del sentimiento y se dejan guiar por las manifestaciones del espíritu.

La vanidad y la modestia, no llegarán nunca á ponerse de acuerdo, porque la primera se mofa de la segunda, y la segunda compadece á la primera.

Cuando una rosa está ya pasada, y próxima, por lo tanto al término de su existencia, nos basta cogerla en la mano para que se desprenda y rueda por el suelo hasta la última de sus hojas. ¿Quién no ha visto esto, que acontece con harta frecuencia?

Pues lo mismo sucede con la vanidad. Toda su altanería, todo su orgullo, todas sus necias pretensiones, caen por tierra ante una sola sonrisa de desprecio.

No lo olvideis, lectores míos, y permitidme que concluya, porque ya me canso de ser curioso.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

UN PÁRRAFO

SOBRE ESTABLECIMIENTOS THERMALES.

Se acerca la estacion en que todo el mundo no se ocupa en otra cosa que en preparar su expedicion á baños y elegir acertadamente las aguas que más convienen á su enfermedad, ó las que estarán más concurridas, para los que solo buscan en tales circunstancias las distracciones. Hay muchas personas en nuestro país que solo concurren á los Establecimientos thermales del extranjero, creyendo sinceramente que las propiedades medicinales de nuestras aguas son inferiores relativamente á aquellas, y esto es un gran error, que tratamos de destruir. Las propiedades de nuestras aguas medicinales no temen la concurrencia con las aguas del extranjero, y el tributo de muchos miles de escudos (que invertidos en nuestro país desarrollarían su movimiento industrial y crearían una infinidad de modestas fortunas) que España viene pagando constantemente á los Establecimientos de Francia y Alemania; no consiste en esto, consiste solamente en la incuria, el abandono ó la miseria característica de los propietarios de Establecimientos que, en lugar de rodear la estacion en los baños de todo el bienestar que necesita el enfermo ó el que va á gastar su dinero; en lugar de establecer buenas hospederías al lado de las fuentes; en lugar de construir parques y jardines para distraccion de los bañistas; en lugar, en fin, de hacer de estos Establecimientos sitios de salud y de placer al mismo tiempo, resisten, por el contrario, toda clase de gastos, conservan de una manera impropia los mal llamados Establecimientos balnearios, y estos permanecen por lo general en el mismo estado hoy que el que tenían al principio del siglo. Todo ha variado de fisonomía desde entonces, y sin embargo, por más que la administracion ha establecido que la décima parte de los productos se gaste obligatoriamente por los propietarios en mejoras, nada hemos conseguido por falta de observancia. La décima parte de las utilidades, es además muy exigua para que las mejoras sean importantes, y para la metamorfosis absoluta, completa, que deben sufrir gran parte de nuestros Establecimientos balnearios. Estos cada vez pierden su significacion, y con ella la concurrencia de bañistas, y la décima parte llega á ser tan despreciable, que no puede acometerse ni la más ligera reparacion. Ahora bien: probado esto, no dudamos en afirmar que es preciso obligar á los propietarios á que gasten la tercera parte de sus utilidades anuales en mejoras y embellecimiento de sus baños, y el Gobierno obraría prudentemente comprendiendo esta prescripcion en el nuevo reglamento de baños que ha de publicarse. La mejor prueba de que los Establecimientos confortables son los que llaman la concurrencia, es la que nos ofrece el nuevo Establecimiento de Alhama, construido por el señor Matheu. Toda la afluencia á Alhama, será (y nos felicitamos por ello) del dicho señor, que ha gastado mucho dinero, del cual nos lisonjamos que se resarcirá. ¿Por qué no imitan su ejemplo algunos de nuestros capitalistas, propietarios

CASCABELES.

De ahora para siempre advertimos á las personas que nos favorezcan con noticias, artículos, etc., etc., que los originales que no creamos oportuno utilizar, no se devolverán.

El cólera vuelve á sacar las narices en Liverpool y en Nantes.—¿Qué medidas ha tomado el señor ministro de la Gobernación para garantía de la Península e islas adyacentes? Probablemente ninguna, ó si acaso se han adoptado algunas, serán de las que huelen á burocracia expedientil á cien leguas, y son tan estériles como empíricas.

A propósito de los rumores del cólera, ¿nos podrá decir el señor ministro de Fomento, tan solícito en quitar sus cátedras hasta á los profesores de latin en los Institutos, por no estar en sus puestos esperando, con el valor del señor Posada Herrera al huésped asiático que nos visitó el Otoño último, qué ha hecho con los expedientes que á propuesta del señor Silvela se pidió á los rectores para los cátedráticos que se hubieren distinguido en dicha epidemia? ¿A que no se les da nada y se les sepulta en el olvido? Si fueran votos para aprobar la autorización de marras del Gobierno, ya sería otra cosa; pero premiar servicios y abnegación en pró de sus semejantes, con motivo de dicha epidemia, siquiera para que sirviera de estímulo para otros profesores, por si le da la gana de visitarnos segunda vez, eso ya es harina de otro costal.

Charadita.

La primera y la segunda la ves al amanecer, y por más que mires luego en el día no la ves, á no ser que halles á un cura que á un enfermo va á ofrecer el perdón de los pecados para que tranquilo esté; tertia y cuarta no lo soy, y Salamanca lo es: y cuando alguno me llame, la quinta contestaré; cuando en la primera y cuarta y segunda estoy, ¡pardiez! que, ó tengo mucha pereza, ó algo debo de tener; y el todo es redondo, y tiene suave y tersa la piel, y si el cólera volviera, yo no lo quiero ni ver.

El cajero de una sociedad de caminos de hierro de París, se ha denunciado él mismo, como sustractor de tres millones de francos.

Ahi tienen VV. un ladrón decente, un hombre de conciencia.

Ese ejemplo debían imitar algunos que yo sé y callo.

Hay un periódico que no es partidario de las autorizaciones, y defiende, sin embargo, el proyecto del Gobierno.

Lo que debe decir ese periódico es que combatiría el mismo proyecto que defiende, si lo hubiese presentado Narvaez ú otro de otro partido.

Aquí todo es cuestión de partido.

Mi partido hace una barbaridad: pues como si hubiera hecho una cosa buena.

El partido que no es el mio, hace una cosa buena; pues hay que sostener que es una barbaridad.

¡Misterios políticos!

«Hállase todo dispuesto para el pago del semestre de la Deuda.»

Esto dice un periódico, y es verdad; todo está dispuesto; los tenedores de las cartas de pago las tienen dispuestas; en las oficinas están dispuestas las mesas, y dispuestos los libros y tinteros; los empleados están dispuestos á pagar, en fin, todo está dispuesto, absolutamente todo... menos el dinero.

EL CASCABEL cree que la nación está en el caso de dar al jefe de la escuadra del Pacifico, y á los valientes marinos que allí sostienen el honor de nuestro pabellón, una señalada muestra de respeto y admiración.

En esta cuestión estamos seguros de que todos los partidos estarán conformes.

Diga V., preguntaba ayer tarde á su padre un bachiller en filosofía, visitando los objetos del Pacifico, ¿de quién son esos dos retratos?—De dos distinguidos naturalistas que cayeron en el garlito de ofertas y premios que siempre tienen en la boca, y nunca en los hechos, todos los Gobiernos de este dichoso país, y pagaron su ciega candidez con nada menos que con la vida.—En cambio, si en vez de ir al Pacifico hubieran sido hombres políticos, de fijo habrían vivido gorditos, sanotes, con el riñón bien cubierto, y con una ó dos grandes cruces.—Abre el ojo, hijo mio, para cuando llegues á tener algo de ciencia; aquí el que es tonto y estudia va á San Bernardino ó á los Incurables.

Varias gentes vulgares tienen la estúpida creencia de considerar á los pobres empleados como animales dañinos, á quienes debe cazarse punto menos que si fueran lobos ó cosa por el estilo. Nosotros, que censuramos toda clase de abusos, y creemos que sobran muchos empleados, particularmente los gordos, que sobre no trabajar nada, ó muy poco, con pretexto del cargo de diputado, que á la vez desempeñan, entorpecen con su ignorancia é inexperiencia la mar-

cha natural de los negocios administrativos, no podemos por menos de defender á la inmensa clase de funcionarios públicos, inteligente y honrada, que con cortísimo sueldo para vivir en la corte y capitales de provincia, atendida la excesiva carestía de los artículos de primera necesidad, son más desgraciados que los últimos artesanos, porque estos van vestidos y viven como les da la gana, sin necesidad de gastar camisa limpia, corbata y levita.

Lo repetimos, las economías deben empezar por los tiburones y dejar á las pobres sardinas en paz, y aun mejorarlas de oondicion.—Esto es hasta cuestión de humanidad.

Una preguntita suelta para concluir.—¿A qué no se funden en una las dos direcciones de Sanidad y Beneficencia, desempeñadas hoy por dos aficionados padres de la patria?

Charadita del número anterior.

De esto yo no hago misterio, y declaro á todo el mundo, que tengo un amor profundo al señor de Monasterio.

Una Marmónica.

Caballeros, no han podido entrar en el número la letrilla ni la continuación de *Los Matrimonios*. VV. son muy amables, y no llevarán á mal que ambas cosas queden para el jueves.

Con el número próximo se reparte el librito de regalo en Madrid, y empezará á remitirse á provincias. Hemos tardado un poco en dar este librito, sin culpa nuestra, por cierto, pero en cambio vamos á dar en seguida otro regalo.

GEROGLÍFICO.



Y LO MEJ ORA

SE LO

A COM

ANUNCIOS.

Se traspasa un establecimiento de ultramarinos, buen punto y buen local, tan á propósito para lo que es, como para lencería ú otro comercio. Dirigirse calle de la Cruz, núm. 14. Los porteros informarán.

Tres magníficos regalos.—Por cada 20 reales de gasto, se da una papeleta con opción á ellos. Los prospectos se reparten gratis.

Además se ha recibido, procedente de una quiebra, riquísimos driles ingleses, puro hilo, para pantalones de verano, de 22 rs. vara, se dan á 8 y 10. Satén negro superior, para levitas y pantalones, á 34. Piqués para chalecos, á 10 rs. corte. Mozambiques, lana, para vestidos, á real y medio vara, y corte de vestido de 14 varas, en 20 rs. Y toda clase de géneros, calle de San Martín, núm. 8, tienda, frente al cuartel de la Guardia civil.

También hay chaqués lana dulce, de varios tamaños, á 80 y 90 rs., y otras prendas hechas.

Música.—Método de solfeo breve, el más Má propósito para colegios y aficionados, por Cosme J. de Benito, director de la Real capilla del Escorial.—Se halla de venta la segunda edición en todos los almacenes de música de Madrid, á 36 rs., y 38 remitido á provincias.

Parato.—Lanillas listadas, última novedad, á 2 y medio, 3, 3 y medio y 4 rs. vara. Brillantina y percal francés, color, 3 y medio y 4. Indianas, primera, 2 y medio y 3. Percalina, 2 y 2 y medio. Madapolam, hamburgo y percal blanco, 2 y medio, 3 y 3 y medio. Pañuelos de Manila, bordados y lisos, de 60 á 2,200 rs. uno. Idem de crespón, labrados y lisos, de 40 á 160.—Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.

de baños? ¿Es que no hay otro medio para estos privilegiados de la fortuna de emplear su dinero, que construyendo casas en Madrid ó prestando al Gobierno ó á los particulares? ¿Por qué valiéndose de su crédito no crean compañías anónimas para la explotación de determinadas aguas? ¿Por qué no desarrollan esta riqueza de nuestro país, casi perdida hoy? Esto no lo puede hacer el Gobierno, esto es preciso que lo haga el individuo. Entre nosotros, los Gobiernos nunca pueden hacer nada, sin que se les critique y se les moteje suponiéndoseles gratuitamente toda clase de perversas intenciones. En Francia, por ejemplo, el Estado posee siete estaciones termiales; los departamentos, los comunes, y la Beneficencia, los tienen también: unos y otros crean modelos de establecimientos. Los particulares imitan por su interés y por recelo á las comparaciones, el bienestar, las diversiones, la alegría, las flores; los lagos rodean estos sitios, y el resultado no puede ser mejor.

Entre nosotros, trata el Gobierno de adquirir un establecimiento para crear un modelo; la prensa, es decir, ciertas personas, gritan, se descomponen, apostrofian: «¿Qué es esto? El Gobierno acapara; el Gobierno se mete á industrial; el Gobierno arranca á la industria particular un medio más de sostenerse, etc., etc.» y bien: ahí está la industria particular, suicidándose de año en año entre nosotros, y ahí está enriqueciéndose entre nuestros vecinos. ¿Por qué? El secreto está descubierto. No son las virtudes de las aguas, nó, porque repito que en esta parte podemos sostener victoriosamente la concurrencia; es desgraciadamente la carencia de hoteles para vivir confortablemente, y á veces hasta la carencia de pilas en que bañarse, como sucede, por ejemplo, en los baños de la Hérnida (1).

La naturaleza ha querido multiplicar en nuestro suelo el remedio posible á todos los males, y ha hecho brotar multitud de fuentes minerales que, aplicadas con prudencia y siguiendo las prescripciones facultativas, pueden producir resultados satisfactorios y contribuir poderosamente al alivio de la humanidad; pero como esta humanidad está sujeta á tantas necesidades, y estas son aun más urgentes desde que se siente atacada de una enfermedad cualquiera, hé aquí por qué, para completar el sistema de curación hidroterápico, es preciso tener una habitación bien orientada, alta de techo, limpia, abrigada ó fresca, según el clima, una cama cómoda, conveniente, una comida higiénica, esmerada, en fin, todos los cuidados y todo el esmero que exigen los achaques ó las enfermedades. Los que solo buscan el placer en estas reuniones de verano, necesitan asimismo todo lo que puede proporcionar el dinero; habitaciones, lujo, diversiones, paseos, y todos los atractivos para gastar su dinero y para encontrarse á su gusto. Hasta tanto que al lado de nuestras fuentes minerales no tengamos medios cómodos de contribuir á los diversos sistemas de curación, hasta tanto que el refinamiento de la civilización y del progreso no se establezca al lado de las aguas minerales de nuestro país, ni estas adquirirán reputación verdadera, ni los propietarios de establecimientos se aprovecharán de su explotación. Si las aguas de Alemania y las de Francia no estuviesen rodeadas de cuantas comodidades y distracciones puede desear la naturaleza más delicada ó más exigente, ¿creen sinceramente nuestros lectores que hubieran adquirido esa reputación europea? Todo el mundo sabe que en Baden, por ejemplo, el número de enfermos es solo la tercera parte de su inmensa concurrencia. Para nadie es un misterio que la pequeña villa de Vichy es hoy una población importante y casi monumental, á donde concurren todos los años 25,000 ricos del mundo, porque encuentran allí, á la vez que el remedio de sus enfermedades, todos los medios de vivir con holgura, con comodidad, con lujo. Parques, squares, hoteles, diversiones, sociedad, etc. Y todo esto preparado, combinado y previamente dispuesto por los propietarios de los establecimientos, bajo cualquier forma que esté ejercida la propiedad. Desgraciadamente, los capitalistas de nuestro país que son dueños de establecimientos balnearios, no llevan á ellos todo el interés, los sacrificios y hasta el patriotismo que exigen, y antes por el contrario, alguno hay cuyo abandono es vergonzoso é impropio. Desgraciadamente, el dinero entre nosotros se encuentra rara vez en manos inteligentes, generosas y españolas, antes que todo, que destinen alguna parte de lo que les sobra á la explotación de las aguas minerales con todas sus consecuencias. Desgraciadamente, por fin, todo esto es hijo de una supina ignorancia, que prefiere otra clase de operaciones, desconociendo el lucro legítimo que ofrece la explotación bien entendida de las aguas minerales, por más que se lo esté patentizando constantemente el espectáculo de las compañías anónimas que se enriquecen en el extranjero. Desgraciadamente, á pesar de nuestra riqueza en este punto, cada día pierden nuestras aguas su importancia y su concurrencia, conservándola solo, y esto es mas elocuente, los baños bien establecidos y bien administrados. Terminamos, pues, aconsejando al Gobierno, ya que se halla en vísperas de publicar un reglamento de baños, que establezca en él la obligación para los propietarios de emplear la tercera parte de sus utilidades en las mejoras de los mismos, hasta conseguir que al lado de las fuentes se construyan verdaderos establecimientos balnearios, con los aparatos necesarios, con gabinetes y pilas decorosas, con hospedería, jardines y distracciones, y con lo necesario por lo menos á contribuir á un sistema de curación en que, como en todas las enfermedades, entra por mucho la expansión del ánimo. No terminaremos este artículo sin dedicar una palabra lisonjera para los establecimientos que, manejados por manos inteligentes, ofrecen ya hoy verdaderas garantías de comodidad y de curación á los bañistas. En primer lugar, Alhama, despues Ontaneda, Panticosa, la Puda, Archena, Santa Agueda, Loeches, Cervera del rio Alhama y algunos otros, escasos por desdicha.

(1) Estas aguas pertenecen á un rico capitalista de Madrid.